

El errar del padre

Marta Cecilia Vélez Saldarriaga
Medellín: Editorial Universidad de Antioquia (Otraparte), 2007.

Reseña: *Karen Lizeth Bardales León*

Email: kalibale@hotmail.com

A través de la narración de las vivencias de una pequeña niña de seis años, Antígona, que es obligada a acompañar y seguir en el exilio a su padre cojo y ciego, Marta Cecilia Vélez propone en «El errar del padre» una reflexión cultural y social importante; se pregunta: ¿qué situaciones nos mantienen anclados en un pasado de horror y muerte? ¿Por qué día a día los seres humanos seguimos perpetuando antiguas violencias, pagando culpas ajenas y repitiendo indefinidamente ciclos de venganza y barbarie?

En un intento por responder a estos cuestionamientos, la autora presenta una nueva interpretación del mito de Edipo rey. Se trata de la misma historia que inspiró al fundador del psicoanálisis en su explicación sobre la configuración del deseo humano y el despertar sexual, una historia que aún hoy, cien años después, da luces para la reflexión tanto a conocedores de los asuntos del inconsciente, como para aquellos no plenamente versados en el tema. Muchos aceptan que el complejo de Edipo está relacionado en alguna medida con la constitución de la identidad sexual en las niñas y los niños.

Para Marta Cecilia Vélez, entender lo que está en juego en esta teoría implica que asumamos también el papel que el mito tiene en la historia, construcción y desarrollo de nuestra cultura. Una cultura que según la autora, venera y acepta al padre como creador de leyes y prohibiciones, como amo y señor de los destinos de todos los miembros de su familia; ese padre que hereda dolor y guerra y al que se debe obediencia, independientemente de los deseos y sentimientos propios.

La autora concibe este libro como una búsqueda, quiere encontrar luces, explicaciones y respuestas a lo que está establecido y declarado desde el psicoanálisis, a la violencia, a la guerra, la muerte, el nuevo exilio: el desplazamiento forzado. En este sentido, dirige su búsqueda a través de los siguientes interrogantes:

¿Cuáles fueron las razones por las cuales Edipo, luego de una errancia que se supone meditativa, reflexiva y develadora de la interioridad humana, no pudo entregarnos la fraternidad, sino que con sus pasos rengos nos legó el fratricidio, el odio y la muerte entre hermanos? ¿Qué significa este legado de rencor... en el que la vida de Edipo se inmola para que otros aprendan o introyecten la ley mediante su castigo ejemplarizante?

La autora responde que la reproducción de la muerte y el horror se debe a la anulación de lo femenino. Opina que desde diferentes puntos de vista, y en este caso particular, desde diversos enfoques psicológicos, se propone que en la vida de todo humano es obligatorio ignorar el papel de la madre, separarse de ella, renunciar a su afecto en busca de evitar el incesto, y acceder algún día a mujer o a un hombre propio.

Según Freud, el *superyó* es el principal heredero del complejo de Edipo, lo que significa que la intervención del padre para poner límites en la relación entre madre e hijo garantiza acceder a la norma y a la cultura, mantener bajo control el *ello* que quiere provocar constantemente al *yo* y hacerlo transgredir las reglas establecidas socialmente. Sin embargo, para la autora superar el complejo de Edipo significa «ingresar por el desfiladero del horror, de la ley del padre, de la obediencia a éste con el fin de ser transmisores de sus leyes y de su odio»; en otras palabras, inscribimos en la cultura patriarcal.

Con este texto Marta Cecilia Vélez resalta el papel de las mujeres en un mito que popularmente ha sido concebido como masculino, centrado en el quehacer de Edipo. La autora les otorga importancia a Yocasta y a Antígona, quienes finalmente pagaron los errores de su hijo, padre y hermano. La autora muestra los paralelos entre lo que ocurre en la historia y el panorama

nacional en el que estamos inmersos, en un país en el que miles de mujeres son violentadas, desterradas y obligadas a actuar bajo premisas instituidas culturalmente. Mujeres que siendo víctimas directas de una guerra que no es suya deben pagar las consecuencias, llorar a sus esposos, padres, hijos y hermanos; muchas veces sin poder devolverlos a la tierra, empezar de nuevo en ningún lugar e incluso parir y criar hijos de la guerra.

Según el mito, Yocasta se ahorca por la culpa que representa el incesto. Pero en este libro la autora propone pensar el ahorcamiento desde otras perspectivas; ¿por qué debe ser ella quien pague con su muerte un error que es producto de una decisión impuesta, bien sea por los dioses o por los mismos hombres?

Por otro lado, Antígona, como muchas niñas y mujeres colombianas, debe renunciar a su propia vida para convertirse en el lazarillo, en la esclava y la cuidadora de su padre. Vivir sin voz, sometida a los deseos de éste. Tanto el mito como su aceptación dan por sentado, según Vélez, el desprecio por la vida, la reproducción horrorosa de la guerra mandada por el padre, la dominación y anulación de los pensamientos, sentimientos, decisiones y voz de las

mujeres. Adicionalmente, la autora hace alusión al machismo evidenciado y representado en el lenguaje, un lenguaje que según ella, obliga a las mujeres a renunciar a su lugar femenino y a situarse desde un discurso masculino.

En conclusión, «El error del padre» es una meditación novelada que a través de trece capítulos, confronta lo establecido por el Complejo de Edipo, considerado rector del destino de los humanos especialmente occidentales, con ese mismo destino: la violencia, los asesinatos y las desapariciones que presenciamos diariamente.

Finalmente, el texto nos propone salir del silencio e interrogar a profundidad la teoría; ¿será que en la obediencia al padre debemos reproducir el odio y el dolor que nos deja la guerra, es ése realmente su mandato y su maldición? Con este libro la autora nos invita a trascender el odio, a aferrarnos a la vida, a retornar a la madre y permitir que nos reinscriba en una lengua de amor entre hermanos, a elevar el grito femenino y exigir, que por lo menos en Colombia, sean devueltos todos los muertos y desaparecidos, para que así sus mujeres puedan poner fin al ciclo que ellas mismas hicieron posible: la vida.